

---

Mikel Reparaz

# Las grietas de América

Bajo la piel de un país dividido



Mikel Reparaz

# Las grietas de América

Bajo la piel de un país dividido

© Mikel Reparaz Extramiana, 2020

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespensula@planeta.es](mailto:edicionespensula@planeta.es)  
[www.edicionespensula.com](http://www.edicionespensula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
DEPÓSITO LEGAL: B-7.596-2020  
ISBN: 978-84-9942-914-4

# ÍNDICE

[La época]

11

[El viaje]

18

PRIMERA PARTE

BALTIMORE

41

SEGUNDA PARTE

TRUMPISTÁN

143

TERCERA PARTE

CHARLOTTESVILLE

239

[Continuará]

361

Agradecimientos

373

## [LA ÉPOCA]

No era el mejor de los tiempos, como pregonaban, ni el peor de los tiempos. Ni lo uno ni lo otro. Ni la edad de la sabiduría ni la de la estupidez. Ni de la fe ni de la incredulidad. Había luz y había tinieblas. No fue la primavera de la esperanza ni el invierno de la desesperación. Así son todos los tiempos borrascosos, supongo. Ni blancos ni negros: si acaso, grises y enmarañados. El vendaval quiebra árboles sobre la carretera, las riadas arrastran coches y, mientras, hay niños que ríen y juegan a batallas de almohadas al calor del hogar. Las turbulencias suelen ser, por lo general, incoherentes. Luego acabamos acostumbrándonos a la incoherencia y se asienta la nueva normalidad. Entonces, cuando por fin ha amainado el follón y todo vuelve a parecer en orden, empezamos a ver con cierta lucidez. O eso nos parece. Hasta que arrecia el temporal, de nuevo.

El cielo estaba encapotado, amenazante, cuando dejé Estados Unidos para regresar a Europa después de haber sobrevivido como corresponsal a la tormenta perfecta de la llegada de Donald Trump al poder. Los primeros años de su presidencia fueron vertiginosos y agotadores para los periodistas que cubríamos la actualidad política del país. Creíamos haberlo visto todo, pero nadie estaba preparado para lo que vendría después. Al filo de la década, los años veinte se disponían a tocar tierra como un

huracán. La pandemia de coronavirus paró el tiempo, la sombra de la recesión económica global acechaba de nuevo y las protestas contra el racismo se extendían por todo Occidente, desde Minneapolis hasta Londres y París. La lenta agonía de George Floyd, un hombre negro estrangulado bajo la rodilla de un policía blanco, horrorizó al mundo e inflamó las calles. Sus últimas palabras —«¡No puedo respirar!»— se convirtieron en el grito de gran parte del país contra la brutalidad policial y el racismo. El conflicto, una vez más, dejaba a la vista las profundas grietas de la sociedad estadounidense, cada vez más profundas e insalvables.

No es fácil pararse a mirar la brújula entre el fuerte oleaje y los relámpagos. No es fácil escudriñar en qué momento hemos tomado este rumbo ni cómo hemos llegado a esta situación. El desastre de 2020 no tiene precedentes. Millones de personas infectadas por un virus desconocido y miles de muertos en unidades de cuidados intensivos desbordadas; camiones frigoríficos llenos de cadáveres abandonados en las calles de Nueva York, hospitales de campaña en Central Park y fosas comunes en la isla de Hart. Desde la Casa Blanca, mientras, el presidente repite una y otra vez que todo está bajo control, desoyendo a los expertos de su propio Gobierno. La ansiedad cunde en los hogares de todo el país, los nervios están a flor de piel. Miles de seguidores de Trump se manifiestan contra las medidas de confinamiento impuestas por los estados, contra el uso de mascarillas, contra la opresión y la falta de libertad. Milicias armadas de extrema derecha acuden a los llamamientos del presidente a la insurrección. La desinformación y las teorías de la conspiración impregnan las redes sociales. En ese momento, cuando la violencia entra en acción y todo el país ve morir a George Floyd en tiempo real, la tensión salta por los aires. Ha ocurrido otras veces: la violencia es parte esencial de la historia de Estados Unidos. Ocurrió al final de la presidencia de Barack Obama, cuando la policía mató al joven Michael Brown en Ferguson.

A estas alturas, el primer presidente negro de Estados Unidos es un recuerdo lejano. «En un abrir y cerrar de ojos, hemos pasado de *Obamaland* a *Trumpistán*», bromeaba con mis colegas periodistas durante aquella transición traumática. Pasé cinco años en el ojo de la tormenta, cinco años de aventuras e incursiones en todos y cada uno de los cincuenta estados, desde los bosques de secuoyas hasta las aguas del Golfo, siempre volviendo a la isla de Nueva York, mi refugio. Cinco años que ahora me parecen quinientos. Al volver a Europa me encontré con la repetición de la jugada. Con más o menos éxito, la extrema derecha populista intentaba aplicar la fórmula mágica que llevó hasta lo más alto del panteón olímpico al supervillano de Gotham —sus habilidades: el escapismo, la hipnosis y la estridencia—. Nacionalpopulismo, lo han bautizado. Trump es, sin duda, el auténtico Joker; los demás, imitadores que sobreactúan con aspavientos detrás de sus caretas de payaso. Todos ellos dicen sintonizar con un mismo malestar: la angustia de la clase trabajadora engullida por el abismo de la globalización, deglutida por el liberalismo políticamente correcto y regurgitada con desprecio por las élites económicas e intelectuales.

La tormenta se fue formando lentamente, sin que la mayoría de los meteorólogos de lo humano ni los expertos en cualquier cosa que abundan en los medios de comunicación la vieran venir. La sociedad estadounidense estaba dividida mucho antes de la llegada de Trump al poder. Cuando cubrí la reelección de Bush en 2004, empezaban a verse las grietas. Todo iría a peor cuatro años después, cuando el júbilo retumbó a mi alrededor en el parque Grant de Chicago durante una noche de noviembre con viento sur. Fue una de esas raras veces en las que el adjetivo «histórico» se carga de significado, más allá de clichés periodísticos. «Caen las barreras raciales», proclamó esa misma noche el *New York Times* en su primera edición. Más de una década después, no me caben dudas de que la elección del primer presidente negro de

la historia de Estados Unidos estuvo muy lejos de ser la culminación de la conquista de los derechos civiles de las minorías. La utopía posracial que nos cegaba en un momento verdaderamente histórico no era más que un espejismo. En realidad, la presidencia de Obama provocó un cortocircuito en una gran parte de la población estadounidense. La mayoría blanca conservadora se vio alienada por políticas que llevaban el sello de un presidente negro al que muchos veían como la anti-América —la reforma sanitaria «impuesta por el Gobierno» es un ejemplo paradigmático—. Las zanjas comenzaron a hacerse más profundas; la división, más pronunciada; la crispación, más evidente. La tormenta perfecta comenzaba a tomar forma.

Hoy, el «efecto Trump» avanza como la gota fría por Occidente. Sentada en sillones de Gobierno o atrincherada en la oposición, la extrema derecha y su discurso xenófobo condicionan las políticas europeas mientras los principios de las democracias liberales se tambalean a ambos lados del Atlántico. El liberalismo occidental es una ideología «obsoleta», sentencia Vladimir Putin desde el Kremlin, porque ideas como el multiculturalismo han dejado de ser «sostenibles». El partido de extrema derecha Vox se ha convertido en la tercera fuerza política del Parlamento español, emulando a Alternativa para Alemania en el Bundestag. La Liga de Matteo Salvini, segunda fuerza en Italia, amenaza con volver al poder después de defender la «Fortaleza Europa» desde un Ministerio dedicado a cerrar puertos y fronteras en medio de la crisis migratoria del Mediterráneo. «Europa necesita más Salvinis», exclama el holandés Geert Wilders junto a la francesa Marine Le Pen mientras suena un aria de Puccini en la plaza del Duomo de Milán. La Europa Oriental de Orbán y Kaczynski, decepcionada con el sueño europeo, se escurre aún más hacia el este en su deriva autoritaria. Mientras, en el extremo atlántico, Boris Johnson empuja irremediamente al Reino Unido hacia el desfiladero del *brexit* (el borde del mundo, en términos terraplanistas).



En ese contexto, nos adentramos en los locos años veinte con la incertidumbre sobre nuestras cabezas. La *belle époque* de nuestra generación ya pasó, declaramos con resignación. Los felices 2000, renacidos de las cenizas de las dos torres, duraron poco y nunca volverán. La burbuja de la prosperidad estalló. Llegaron tiempos llenos de amenazas y miedos. Y con el miedo viene la desconfianza hacia el diferente, el extremismo y el odio. Un gran negocio para quien sepa aprovecharlo en beneficio propio. Como las empresas de seguridad privada que venden sistemas de alarma puerta a puerta, metiendo el canguelo en el cuerpo a ancianas solitarias y a padres de familia preocupados. Igual que el Joker y sus discípulos. La pesca es abundante en el caladero del miedo.

Pero este no es un libro sobre las desventuras políticas de Occidente; tampoco sobre las aventuras de un corresponsal. Ni sobre el fascismo rampante ni sobre el antifascismo constante. Tampoco es un libro sobre Donald Trump; ni todo lo contrario. Este es un libro sobre un conflicto que, solo en parte, explica lo que ha ocurrido en Estados Unidos en los últimos años y lo que puede venir en los próximos. Es un libro, quizá, sobre la cara oculta de la primera democracia moderna; o sobre su cara más evidente. Sobre las desigualdades que construyeron el país desde la Revolución, sobre el poder de la supremacía blanca y la Resistencia que la combate desde el principio. Y, sí, también es un libro sobre la América de Trump. Sobre la crispación que crepita bajo la piel de un país dividido y distorsionado.

## [EL VIAJE]

El autobús destartalado desciende los Apalaches por un tobogán gigante hacia la costa atlántica. Al fondo a la derecha, junto a la bahía de Chesapeake, nos espera Baltimore. La cadena montañosa que separa la Costa Este de las planicies del Medio Oeste es mucho más modesta que los Pirineos (en esta zona ningún pico alcanza más de mil metros). Mis Pirineos son crestas de roca caliza cortantes como hachas de sílex. Aquí, en cambio, la mullida vegetación cubre con pudor hasta los montes más altos, redondeados, desgastados por la edad. Los Pirineos son jóvenes y vigorosos; los Apalaches, viejos y chatos, transmiten serenidad.

Ambas cordilleras son frontera. Frontera eterna. Pero aquí no hay Carlomagno ni Roncesvalles que valga. Cuando los salvajes celtas se adentraron en los bosques de hayas y abedules siguiendo los senderos indios, pasaron sin mayor dificultad. Venían de guerras europeas sangrientas. Huían con un cuchillo entre los dientes, violentos y feroces. Los pacíficos conestogas, hoy un pueblo extinto, no tuvieron más remedio que doblegarse ante los invasores. Más tarde, cuando los colonos se hicieron con todo su territorio y se aceleró el exterminio de los habitantes originales, una banda de bárbaros irlandeses y escoceses conocidos como los *Paxton Boys* degolló, mutiló y arrancó la cabellera a los veinte últimos conestogas. Entre ellos había ancianos, mujeres y niños.

Con aquella masacre desaparecieron para siempre, junto a su antigua lengua iroquesa, sin dejar rastro ni leyenda. Sin la épica de las grandes gestas pirenaicas.

El tobogán gigante es la Autopista de Pensilvania, una gran rampa de cemento completada en 1940. La primera carretera de peaje de Estados Unidos, trazada sobre el antiguo ferrocarril de Pensilvania Sur. Recorre en paralelo la línea Mason-Dixon. La otra frontera. Si los Apalaches marcan el confín entre el Este y el Oeste —las prósperas ciudades de la costa a un lado y el interminable maizal continental al otro—, la Línea es la frontera entre el Norte y el Sur. Como una cicatriz marcada a cuchillo sobre la piel de un país rehén de su pecado original: la esclavitud al Sur, la libertad al Norte. Es cierto que hay muchos matices y las realidades a ambos lados de la línea Mason-Dixon han variado con el paso de los años. Sin embargo, la historia ha hecho de Estados Unidos un territorio de dos países zurcidos por la costura que tejieron dos astrónomos ingleses en el siglo XVIII. A Charles Mason y a Jeremiah Dixon les precedía su fama de aventureros indomables. Volvían de un largo viaje para observar por primera vez el tránsito de Venus desde ambos hemisferios cuando los contrataron los propietarios de las colonias de Maryland y Pensilvania. El barón Baltimore y la familia Penn querían delimitar las lindes de sus territorios y, con ese objetivo, los dos astrónomos se adentraron hasta tierras incógnitas del Nuevo Mundo, más allá de los Apalaches. El trabajo de Dixon debió de dejar huella. Al lado sur de la Línea lo llaman, desde entonces, Dixie.

Cruzamos el río Conococheague, afluente del Potomac, que baja marrón y crecido. La niebla cerrada de las montañas se condensa en pequeñas perlas sobre las ventanillas del Greyhound, el autobús azul con un galgo pintado en su costado. Símbolo de la Amé-

rica que se mueve en transporte público, la que no tiene vehículo propio y es demasiado pobre como para comprar un billete de avión o llamar un taxi. La América que vive en los márgenes de la cultura de la clase media estadounidense. Libres de la dictadura del vehículo privado y la gasolina barata. También, en el fondo, abandonados a su suerte en un desierto de asfalto. El veterano de guerra Fox es uno de esos desterrados. Escucha música con la cabeza atenazada entre sus grandes auriculares azul celeste. Mira una película, farfulla palabras incomprensibles y devora varias bolsas de doritos, todo al mismo tiempo, sin inmutarse. A ratos me mira con desconfianza. Seguramente porque no le quito ojo desde el otro lado del pasillo. Imposible apartar la mirada. Su gorra de letras mayúsculas: AFRICA. Su guerrera de camuflaje con la bandera de barras y estrellas en el brazo. Las pulseras de cuentas de caoba y conchas. La perilla blanca salpicada de migas anaranjadas sobre la tez carbón. Sigue triturando doritos. Falta una hora para llegar a Baltimore. Lo sé porque ya hemos cruzado el Conococheague.

El terreno aquí es más llano, pero el autobús escacharrado se desliza impulsado aún por la inercia del tobogán. Suficiente para alcanzar sin problemas nuestro destino. Baltimore, esa ciudad pixelada de ladrillos rojos, fumaradas y adoquines gastados al sol. Esa ciudad, al sur de la Línea y al este de los Apalaches, donde empieza mi viaje. Un viaje de doscientos cincuenta kilómetros, apenas tres horas por carretera si se conduce sin parar. Es la distancia que separa Baltimore y Charlottesville, la distancia que me dispongo a recorrer en este tercer verano de la era Trump. Pero yo me tomo varios días para completarla. Entre las dos ciudades, se tome la carretera que se tome, es inevitable pasar por la capital. Washington —la fantasía faraónica de los padres fundadores— es donde se produce el relevo del poder al frente de la más poderosa democracia liberal del mundo. El altar donde contemplé, en vivo y en directo, la metamorfosis de Trump ante las masas enfureci-

das. Es también la bisagra simbólica de dos etapas, dos ideas diferentes del país y del mundo.

De Baltimore a Charlottesville, pasando por Washington. Es también un viaje entre dos tumbas, dos muertes trágicas muy diferentes con muchos aspectos en común. Arrancó cuando a un joven negro le rompieron el cuello dentro de un furgón policial en uno de los barrios más pobres y violentos del continente. Uno más. Sin embargo, los disturbios que siguieron a aquellos hechos infaustos en Baltimore llevaron, en una inaudita sucesión de acontecimientos, a Charlottesville, donde una mujer antirracista fue asesinada por un terrorista neonazi. Dos años después de las revueltas negras, los zombis supremacistas salían de los cementerios a las calles de la ciudad universitaria sureña con toda su parafernalia de odio y de muerte.

La estación de autobuses de Baltimore, aislada en el patio trasero de un gran casino en los suburbios, me resulta extraña y misteriosa, como si nunca antes hubiera pisado esta ciudad. La sala de espera, donde estiran piernas y brazos los viajeros recién desembarcados, transmite ese aire de profunda tristeza que describía Kerouac cuando, sin levantar la vista del suelo, no veía más que colillas y escupitajos. La gran mayoría de los pasajeros son de tez oscura. Entre ellos Fox, el veterano de Irak triturador de doritos, quien busca con prisa en el panel de salidas la conexión que le llevará a su soñada Florida de palmeras y playas blancas. Lleva todas sus pertenencias en un macuto de lona al hombro y varias bolsas de plástico. Le he creído entender que tiene una hija cerca de Orlando a la que no ve desde hace muchos años. Siempre ha querido ir, me ha contado en el autobús, pero no ha podido hasta ahora. Le deseo suerte y lo pierdo entre cuerpos de gran tonelaje que rebotan entre sí, estudiantes flacuchas desorientadas, vagabundos con nombres enigmáticos tatuados en el cuello y una pa-

reja de borrachos sin camisa apoyados en la pared, junto al puesto de perritos calientes.

En los últimos años he pasado por Baltimore una y otra vez y sin embargo me siento fuera de lugar. Nunca antes había venido en autobús. Siempre en tren desde Nueva York o en coche por la autopista de la costa. Camino a Washington o expresamente a Baltimore para cubrir, generalmente, malas noticias. Pero esta vez he decidido no conducir. Necesito tiempo para escribir —repito el mantra dentro de mi cabeza— y las horas al volante son horas perdidas. En cambio, el autobús o el tren son lugares perfectos para construir frases y párrafos y entre tanto descansar la mirada en el paisaje que pasa a lo lejos. Observar al veterano devorador de doritos, por ejemplo, mientras aporreo las teclas de mi Mac. Escribir, escribir y escribir. Es a lo que he vuelto, al fin y al cabo. Estoy aquí para terminar este libro. Terminar por el principio o empezar por el final, como se quiera ver.

Vuelvo a Baltimore por primera vez desde que dejé Estados Unidos. Esta vez pertrechado solo de una bolsa con mi ordenador y algo de ropa. También vengo ligero de prejuicios. Se me han ido cayendo por el camino, al tiempo que se me han multiplicado las dudas y las preguntas. Es lo que tiene el aprendizaje a través del periodismo, nunca se deja de aprender, y cuanto más crees que sabes, más interrogantes surgen ante ti. Con mi bolsa en bandolera, salgo de la estación mientras busco en el móvil un hostel barato. En este país, si conduces y te parapetas en un Holiday Inn, puedes pasar días enteros sin cruzar palabra con nadie. Prefiero caminar por debajo de grandes puentes de hormigón y asfalto, saltar vías de tren y semáforos y rodear el estadio de los Orioles bajo una lluvia pesada para llegar a una casa de huéspedes en pleno centro de Baltimore. Como muchos otros en los alrededores de la calle Charles y el monumento al presidente George Washington, es un edificio victoriano de ladrillo rojo, de techos altos y escaleras de madera.

El hostel tiene normas claras. Nada de licores ni armas de fuego en las habitaciones, me advierte el recepcionista. Si llevo pistola, la tengo que dejar en la caja fuerte de recepción. En las zonas comunes solo está permitido beber cerveza o vino, pero no «alcohol fuerte». A partir de las once de la noche, silencio. A esa hora solo se oye el llanto de Taddheus. Ocurre cada noche antes de ir a dormir, me explica Pam, la señora que mira pasar las imágenes del televisor sin sonido hundida en el sofá mientras consuela al grandullón. Taddheus llora porque lleva tres meses viviendo en la casa de huéspedes, concretamente desde que su mujer lo puso en la calle. Echo de menos a mis bebés, solloza. Hasta que, al recobrar un intervalo de horrible cordura, se seca las lágrimas: «Quisiera llamar a mi esposa y decirle que estoy muy arrepentido de todo lo que hice, que no volverá a ocurrir».

Por la mañana, después de la obligada visita a la sepultura de Poe en la iglesia presbiteriana de Westminster, me reencuentro con uno de esos personajes que durante estos años de coberturas, idas y venidas se han convertido casi en amigos. Kwame Rose, el héroe del movimiento Black Lives Matter (las vidas negras importan) que saltó a la fama gracias a un documental de HBO sobre las revueltas de Baltimore. Nos conocimos bajo la presidencia de Obama, a quien reprocha no haber hecho nada para acabar con la brutalidad policial contra las minorías ni haber creado oportunidades para los afroamericanos. «Trump, en realidad, ha sido lo mejor que nos ha podido pasar a los negros de este país: un racista que viene de cara», repite desde que ocurrió el gran cambio, cada vez que nos vemos. Vuelvo a recorrer con él las calles en ruinas de West Baltimore, las casas abandonadas y los lugares donde se desarrolló la batalla. Me lleva hasta un gran mural que ocupa todo el lateral de un edificio. Muestra su cara, la de un Kwame victorioso, con la gorra vuelta hacia atrás y el lema «supervivencia» escrito en gran-

des letras. Con veinticinco años, se ha convertido en un icono de la lucha por la igualdad y contra el racismo en esta ciudad.

Antes del estallido social de 2020 por la muerte de George Floyd, la guerra de Black Lives Matter contra la violencia policial y el racismo tomó impulso al final de la presidencia de Obama y durante las elecciones de 2016, pero después languideció durante los primeros años de Trump. No porque haya disminuido el número de ataques impunes contra las minorías, sino porque el foco mediático se ha desplazado junto al péndulo político y, consecuentemente, los frentes del activismo a favor de los derechos civiles se han multiplicado. La lucha feminista contra los abusos sexuales o la situación de los migrantes centroamericanos en la frontera con México han pasado a primer plano. Con todo, el conflicto racial sigue siendo la constante, la gran rémora que sigue lastrando el progreso social en Estados Unidos.

En la estación Penn de Baltimore la puntualidad es una quimera. Bien entrada la noche, el vestíbulo está casi vacío. El Acela Express que debería llevarme a Washington acumula más de media hora de retraso. «¡El maldito tren no llega jamás!», vocifera el único viajero que veo desde el banco donde estoy sentado. Un barbudo con la pierna derecha escayolada gritándole al teléfono a pleno pulmón. Habla y ríe histérico, sin hacer pausas para escuchar a su presunto interlocutor. En realidad, no hay nadie al otro lado. Habla solo, supongo, hasta que se aburre y se hace el silencio. Una cucaracha desvergonzada recorre el vestíbulo vacío. Sus seis patas repiquetean y resbalan sobre el suelo de mármol.

Pasada la medianoche, cuando por fin llega a su destino el Acela Express, las imágenes del vicepresidente Michael Pence y sus asesores supervisando un campo de detención de inmigrantes centroamericanos en la frontera están en todas partes. En Union Station las pantallas muestran la emisión de la CNN. «¡No tene-



mos ni duchas!», denuncian tímidamente los hombres hacinados en una jaula ante los reporteros que acompañan a la delegación gubernamental. Pence y los suyos escuchan las explicaciones improbables del guardia del campo mientras al otro lado de la alambrada las miradas indígenas se funden en una presencia oscura y extraña. La imagen de los hombres blancos vestidos con impolutas americanas y camisas blancas bien planchadas reflejan muy bien los tiempos que atraviesa Estados Unidos. Este fin de semana comienzan las redadas de la Policía federal de inmigración (ICE, Immigration and Customs Enforcement) contra inmigrantes sin papeles en varias «ciudades santuario».

El Capitolio todavía está iluminado. Camino por la avenida de Luisiana, desierta a estas horas, pensando en las familias de inmigrantes que no podrán conciliar el sueño temiendo que en cualquier momento la «migra» golpeará sus puertas. Me viene a la memoria Araceli, junto a su arbolito de Navidad encendido y sus dos niños asustados en un apartamento de Queens. En medio de la noche, la policía tiró la puerta abajo y sacó a su marido de la cama para llevárselo en ropa interior al furgón mientras los niños lloraban asustados. Fue deportado a México, dejando atrás una familia rota. Todo ocurrió bajo el mandato de Obama, mucho antes de la llegada de Trump.

El sol sale por la retaguardia del Capitolio e ilumina, como una gran persiana de luz dorada, el obelisco de George Washington desde la cúspide hasta la base. Muy cerca, en la Casa Blanca, el presidente tuitea desde la cama mientras mira el programa matinal de la cadena Fox en la tele del dormitorio presidencial. Un nuevo día empieza en América.

Sentado sobre el césped de la Explanada Nacional, mirando hacia el memorial de Lincoln, observo las riadas de turistas que fluyen hacia los museos Smithsonian y se hacen fotos con los ma-

jestuosos monumentos neoclásicos de fondo. Entre la marea de turistas, veo acercarse a un grupo de mujeres de mediana edad vestidas con gorras rojas y camisetas de «Trump 2020» y «*Keep America Great*» («mantengamos a América grande», el lema de campaña para la reelección). Me sorprende que entre ellas hablen portugués. Las había imaginado de Kansas o de Nebraska, pero resultan ser brasileñas de São Paulo. Se sientan junto a mí a desayunar *bagels* con mucho beicon y cafés largos de Starbucks. Se lo están pasando en grande, riendo a carcajadas y haciendo chistes que no llego a entender del todo. Sin poder contener la curiosidad, pregunto a una de ellas —una señora rubia de grandes pendientes y facciones inequívocamente retocadas por un cirujano plástico— si son seguidoras de Trump. Me responde, con una sonrisa, que están de vacaciones y que no tienen tiempo para la política. Entonces, una de sus amigas se dirige a mí, resolviendo todas mis dudas: «¡Brasil por encima de todo, Dios por encima de todos!».

Como ellas, casi sesenta millones de brasileños votaron a Jair Bolsonaro en 2018. En consecuencia, la mayor parte de la población del continente americano está actualmente gobernada por presidentes nacionalpopulistas (solo Estados Unidos y Brasil suman más de la mitad de la población de América). Las posturas racistas, homófobas y machistas se han normalizado en la vida pública. Sus dirigentes saben que destripar el lenguaje políticamente correcto da votos. Trump en Twitter y Bolsonaro en YouTube. Culpar a las minorías y a los inmigrantes de todos los males es la estrategia electoral con mejor relación calidad-precio del mercado. La pesca es abundante en el caladero del miedo y la inseguridad. La historia está llena de ejemplos. También la ficción, que en estos tiempos nos ayuda como nunca antes a afrontar la incertidumbre del futuro.

Sentado aún sobre el césped de la Explanada Nacional de Washington, con el Capitolio a un lado y el memorial de Lincoln al otro, frente a la Casa Blanca y de espaldas al monumento de Washington,

imagino una dimensión paralela donde se volatilizan los miles de turistas a mi alrededor y se nubla el cielo casi hasta la oscuridad total. El blanco brillante de la más poderosa democracia del planeta se apaga sobre las fachadas de sus instituciones y el verde intenso de la hierba es ahora gris ceniza. Me da miedo volverme para comprobar si el gigantesco obelisco sigue en pie o si por el contrario yace partido por la mitad. Un silencio grave y tenebroso flota a mi alrededor. El silencio de la opresiva Oceanía de George Orwell gobernada por el partido Fuego Nórdico imaginado por Alan Moore a las órdenes del presidente pro nazi Charles Lindbergh que Philip Roth llevó a la Casa Blanca. Una casa que ya no luce tan blanca en un Washington que ya no se llama Washington, porque en este «mundo del revés» es la capital de Gilead o de Panem, el centro del poder absoluto en las pesadillas tramadas por Margaret Atwood y Suzanne Collins. Al fin y al cabo, somos seres volubles y estúpidos con mala memoria y un gran don para la autodestrucción, como escribió la autora de *Simsajo*.

Me pregunto hasta qué punto toda esa ficción influye en la realidad política. ¿Las profecías de Orwell se cumplieron por sí solas? La historia de la humanidad muestra que los regímenes mínimamente democráticos son una rara excepción. Son como luciérnagas voladoras que se llenan de luz por un segundo sobre un lugar afortunado para volver a apagarse sin dejar rastro. La igualdad es una idea concebida por humanos en contra de la propia naturaleza humana, en contra de los instintos que nos llevan a reproducirnos como una plaga que poco a poco agota los recursos del planeta. Para reproducirse, los fuertes apartan a los débiles y aplastan a quienes se interponen en su camino. Como lobos alfa, los líderes de la jauría humana arrastran a los demás individuos con ese objetivo hacia cacerías, masacres y guerras. Millones de individuos confían ciegamente en las garantías de supervivencia que les ofrece el líder, el gran seductor de masas que normalmente apela a los instintos más básicos: al egoísmo, al miedo, al amor.